

LOS GUARDIANES

LIBRO TERCERO

EL HADA

REINA DE LOS
DIENTES

EMERSON WATKINS
EL ORIGEN
DE LOS
GUARDIANES

¡LOS LIBROS ORIGINALES
DE LA PELÍCULA!

© 2012 Disney-Miramax, LLC.

WILLIAM JOYCE

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original:
Toothiana, Queen of the Tooth Fairy Armies

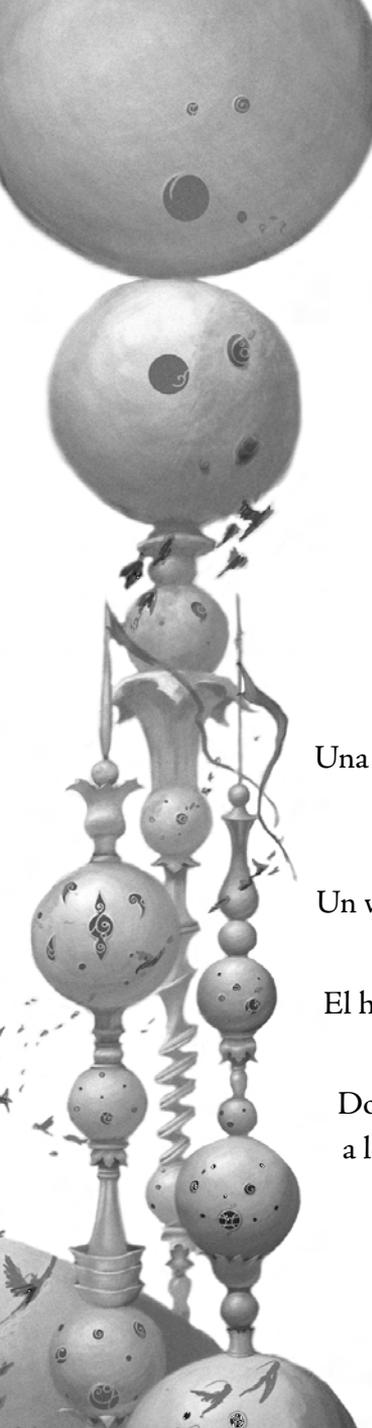
Publicado por acuerdo con Atheneum Books for Young Readers,
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing.

© 2012, del texto, William Joyce
© 2012, de las ilustraciones, William Joyce
© 2013, de la traducción, Arturo Peral Santamaría
© 2013, de esta edición, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la sobrecubierta: Lauren Rille

Primera edición: marzo de 2013
ISBN: 978-84-8343-259-4
Depósito legal: B-4453-2013
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Índice

Capítulo uno • 13

Los cambios que acarrea la paz

Capítulo dos • 25

Los Guardianes se reúnen

Capítulo tres • 32

Luz Nocturna debe mentir

Capítulo cuatro • 35

Una celebración, una sinfonía de insecto
y una sensación molesta

Capítulo cinco • 43

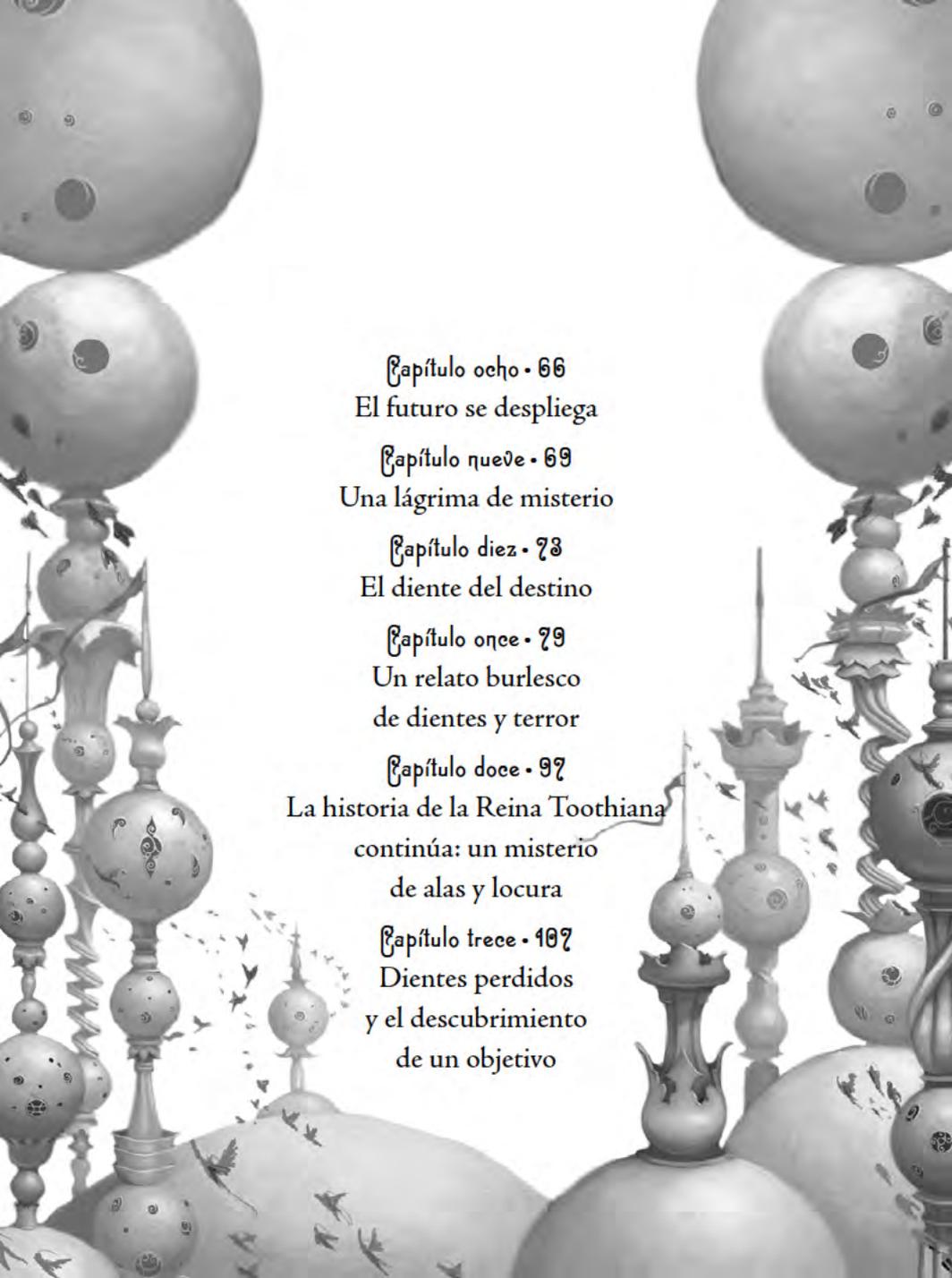
Un viaje alucinante a la cima del mundo

Capítulo seis • 50

El huevo o la gallina: un rompecabezas

Capítulo siete • 58

Donde el Hombre de la Luna saluda
a los Guardianes con mucha pompa



Capítulo ocho • 66
El futuro se despliega

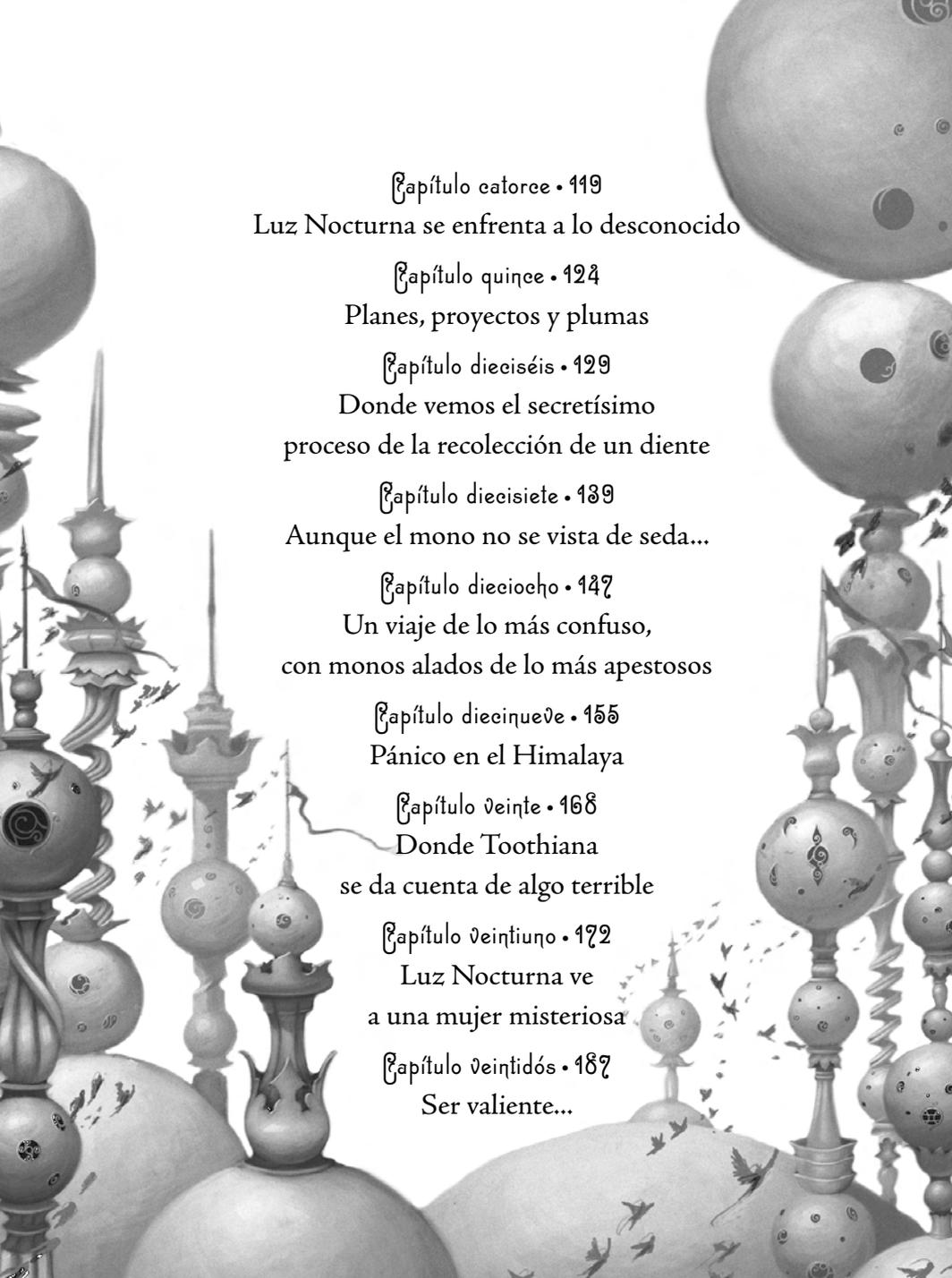
Capítulo nueve • 69
Una lágrima de misterio

Capítulo diez • 73
El diente del destino

Capítulo once • 79
Un relato burlesco
de dientes y terror

Capítulo doce • 97
La historia de la Reina Toothiana
continúa: un misterio
de alas y locura

Capítulo trece • 107
Dientes perdidos
y el descubrimiento
de un objetivo



Capítulo catorce • 119
Luz Nocturna se enfrenta a lo desconocido

Capítulo quince • 124
Planes, proyectos y plumas

Capítulo dieciséis • 129
Donde vemos el secretísimo
proceso de la recolección de un diente

Capítulo diecisiete • 139
Aunque el mono no se vista de seda...

Capítulo dieciocho • 147
Un viaje de lo más confuso,
con monos alados de lo más apestosos

Capítulo diecinueve • 155
Pánico en el Himalaya

Capítulo veinte • 168
Donde Toothiana
se da cuenta de algo terrible

Capítulo veintiuno • 172
Luz Nocturna ve
a una mujer misteriosa

Capítulo veintidós • 187
Ser valiente...



Capítulo veintitrés • 208
Donde los Guardianes vuelan a Punjam Hy Loo

Capítulo veinticuatro • 202
Rabia, desesperación
y un hilito de esperanza

Capítulo veinticinco • 206
Una breve conversación
mientras los observadores
son observados

Capítulo veintiséis • 208
El ajuste de cuentas

Capítulo veintisiete • 209
¿Le pueden crecer
a un pooka seis brazos?

Capítulo veintiocho • 216
Una soberana batalla simiesca

Capítulo veintinueve • 226
La oscura sorpresa
o
todo se arriesga por clemencia

Capítulo treinta • 231
Aires nuevos

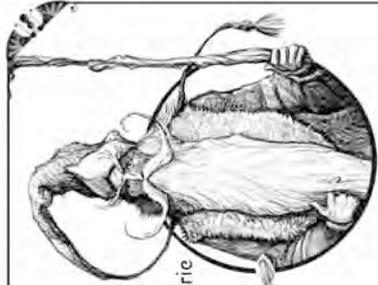
¡Nuestros héroes!



Katherine



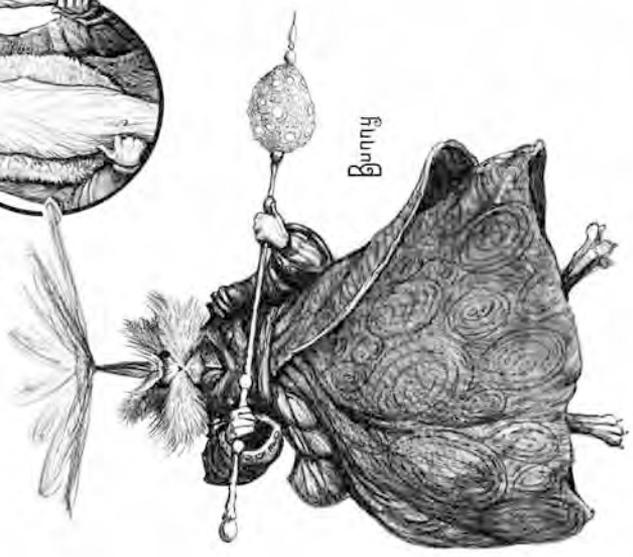
Toothiana



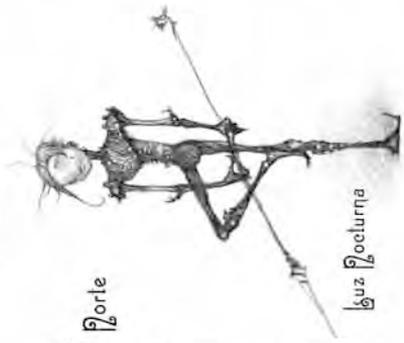
Umbrie



Zorle



Bunny



Luz Nocturna

Los Malos



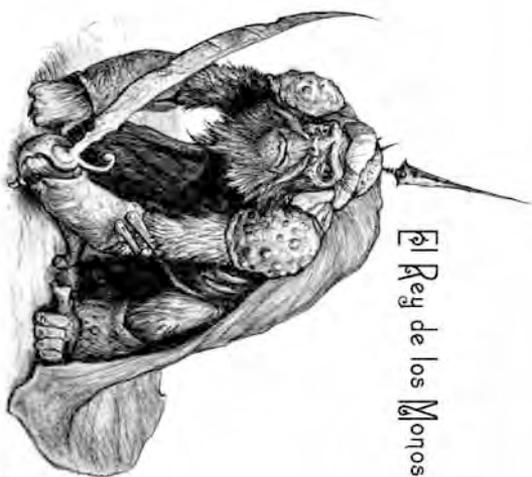
Sombra,
el Rey de las
Pesadillas



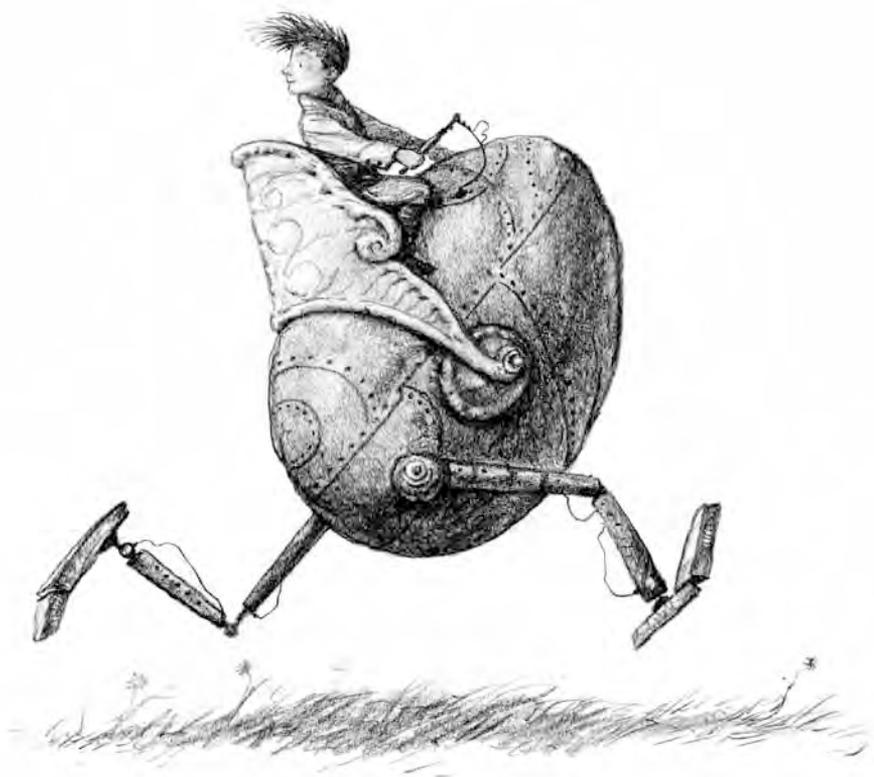
Terrors



El ejército de monos



El Rey de los Monos



Los Cambios que Acarrea la Paz

William el Menor galopaba a través del pueblo encantado de Santoff Claussen a lomos de un huevo guerrero muy grande, obsequio de Bunny, Conejo de Pascua.

—¡Si me detengo, acabaré pasado por agua! —le gritó a su amigo Fog volviendo la cabeza. Cuando jugaban a este nuevo juego de persecuciones con huevos guerreros, acabar pasado por agua significaba que el equipo de huevos contrario te atrapaba y, por tanto, perdías un punto.

Sascha y su hermano Petter estaban envueltos en una acalorada persecución a lomos de sus propios

huevos guerreros. Las patas de aquellos huevos mecánicos, delgadas como cerillas, se movían tan rápido que se desdibujaban.

—¡Prepárate para pasar por agua! —avisó Petter. La vara que llevaba, con la punta en forma de huevo, estaba a unos centímetros de Sascha.

—No podrás con mi cáscara —dijo Sascha con una carcajada triunfal.

Presionó un botón y, de repente, su huevo guerrero desplegó unas alas. Voló sobre los demás y llegó la primera a la meta.

William el Menor trotó más despacio.

—¡Alas! —refunfuñó—. ¡Ni siquiera están en las reglas!

—Las inventé ayer —replicó Sascha—. En las reglas no dice que no se puedan usar.

Sascha no tardó en ayudar al más pequeño de los Williams a construir su propio juego de alas de huevobot. William el Menor le caía bien. Siempre inten-

taba parecer mayor, y ella apreciaba su determinación y su ánimo. Petter y Niebla, que se sentían animados e industriosos, se catapultaron a sí mismos al hueco de un árbol alto donde habían erigido un escondite consagrado a la resolución de antiguos misterios, como el porqué de la existencia de la hora de dormir o cómo hacerla desaparecer para siempre.

Al otro lado del claro, en la cabaña posada en lo alto de las ramas de la Gran Raíz –el árbol que estaba en el centro del pueblo–, su amiga Katherine observaba alegre a los niños jugar.

El aire vibraba con su feliz risa. Habían pasado muchos meses desde la batalla en el centro de la Tierra, durante la cual Sombra, el Rey de las Pesadillas, había sido derrotado estrepitosamente por el mago Ombric, su aprendiz Nicolás San Norte, su amigo Luz Nocturna y su nuevo aliado, el conejo pookano conocido como Bunny, Conejo de Pascua. Sombra, que ansiaba los sueños de niños inocentes y quería

sustituirlos por pesadillas, había jurado junto a sus temores que todos los niños de la Tierra vivirían aterrados. Pero desde la gran batalla, nadie había oído ni visto señales de él, por lo que Katherine estaba empezando a desear que Sombra hubiera sido vencido para siempre.

Por su parte, las vidas de Katherine y de sus compañeros de batalla habían cambiado para siempre. El Hombre de la Luna mismo les había dado el título de «Guardianes». Ahora eran héroes, habían jurado proteger a los niños, no solo los de Santoff Claussen, sino los de todo el planeta. Habían derrotado a Sombra y el mayor de sus retos ahora era cómo hacer frente a la paz. La «pesadilla» del reinado de Sombra parecía haber terminado.

Los demás niños del pueblo llenaban sus días con travesuras y magia. Bunny, que podía cavar a través de la Tierra con sorprendente velocidad, les había fabricado una serie de túneles que conectaban el pue-

blo con su hogar en la Isla de Pascua, así como otros puestos fronterizos de lo más sorprendentes en todo el mundo, por lo que los niños se habían convertido en intrépidos exploradores. Cualquier día podían viajar a la sabana africana para ver leones, guepardos e hipopótamos. Ombric les había enseñado varias lenguas de animales, por lo que tenían muchas historias que escuchar y contar. Muchas de aquellas criaturas habían oído ya sus increíbles aventuras.

Los niños también solían merodear por la Isla de Pascua en busca de la última creación de chocolate confeccionada por Bunny, y les daba tiempo a volver a casa para la cena y para jugar con los compañeros mecánicos y ovals del pooka. Aquellos huevos habían sido los guerreros de Bunny; ahora ayudaban a los niños a construir todo tipo de artilugios, desde complicados rompecabezas ovals en los que todas las piezas tenían forma de huevo (una proeza casi imposible y francamente inexplicable) hasta submarinos

ovalados. Pero no importaba a dónde iban o en qué ocupaban su tiempo: cuando volvían a su hogar en Santoff Claussen, les parecía el lugar más hermoso del mundo.

Katherine estaba sentada en la cabaña del árbol cuando abrazó a Kailash, un ganso blanco gigante del Himalaya, y oteó su querido pueblo. El bosque que rodeaba y protegía Santoff Claussen había florecido en una especie de primavera eterna. Los inmensos robles y las parras que habían formado un muro impenetrable para el mundo exterior estaban cubiertos de hojas de un intenso color verde. Las espinas que antaño cubrían los setos, grandes como lanzas, eran ahora flexibles y estaban revestidas de flores de dulce perfume.

A Katherine le encantaba aquel olor, así que respiró hondo. A lo lejos podía distinguir a Nicolás San Norte paseando con el Ánima del Bosque. Aquel ser bello y efímero estaba más radiante que nunca. Su

fin a vestimenta estaba decorada con flores que titilaban como joyas. Norte conversaba animadamente con ella, así que Katherine decidió investigar. Se subió a lomos de Kailash y descendió volando hasta el claro, justo a tiempo de ver a William el Menor probando las alas nuevas con las que había equipado a su huevo guerrero. Aterrizó y correteó hasta llegar a su lado.



—¿Nos echas una carrera, Katherine? —le preguntó. Rascó a Kailash en el cuello y el ganso le saludó con un graznido.

—¡Sí, pero más tarde! —repuso Katherine sonriendo.

Hizo señales con la mano a sus amigos y se dirigió al bosque. Se dio cuenta de que hacía bastante tiempo que ningún niño le pedía que jugara, y que hacía mucho más tiempo aún desde la última vez que había aceptado. Cuando se unió al mundo de los Guardianes, empezó una nueva y extraña fase de su vida en la que no era ni una niña ni una adulta. Mientras miraba al menor de los Williams volar con Sascha pisándole los talones, no pudo evitar sentirse algo desanimada.

Luego oyó la estrepitosa risa de Norte y, por debajo, la voz algo más musical del Ánima del Bosque. Katherine corrió hacia ellos, pensando que resultaba increíble que Norte hubiera venido por primera vez a Santoff Claussen con su banda de forajidos para robar sus tesoros. El Ánima del Bosque, la última línea

defensiva del pueblo, había convertido a su grupo de asesinos y bandidos en estatuas de piedra... en elfos horribles y deformados. Pero había perdonado a Norte, ya que era el único de ellos con el corazón puro.

Cuando Katherine alcanzó al Ánima y a Norte, estaban en la parte más extraña e inquietante del bosque: el lugar donde los hombres de Norte permanecían congelados en el tiempo, como piedras en un cementerio olvidado. Con ayuda del Ánima, Norte estaba devolviendo la forma humana a sus bandidos.

Cuando el Ánima tocaba la cabeza de cada estatua, Norte repetía el mismo conjuro: «Que vuelva a ser carne lo que de piedra no era, y que sirva con honra a la amistad verdadera.» Y uno a uno regresaban de sus heladas poses. Para divertimento de Norte, no recuperaron su tamaño. Seguían siendo tan altos como cuando eran de piedra: de unos sesenta centímetros, con narices bulbosas y voces agudas e infantiles.

–Bienvenidos de vuelta –exclamó Norte, dando palmadas en la espalda a todos los hombres élficos.

Los hombres patearon el suelo con sus minúsculos pies y menearon los brazos para que la sangre fluyera de nuevo, y los niños, atraídos por la risa de Norte, no tardaron en llegar. Estaban sorprendidos. Habían jugado muchas veces entre aquellos hombrecitos de piedra y ahora se movían... De hecho, estaban vivos, lo cual intrigaba mucho a los pequeños. El mayor de los Williams, el primogénito de William el Viejo, era mucho más alto que ellos. Incluso el menor de los Williams se sentía muy feliz: por fin había alguien más bajito que él.

Mientras los niños miraban, los hombrecitos se arrodillaron ante Norte. Tomaron nombres nuevos y juraron seguir a su antiguo líder bandido en una nueva vida dedicada al bien. Gregor el Apestoso pasó a ser Gregor el Sonriente. Serguéi el Terrible ahora sería Serguéi el Risitas, y así todos los demás.

Era un momento extraño y afortunado, especialmente para Norte. Recordó la vida salvaje y rebelde de su época de bandido y todos los oscuros actos que había cometido con sus compañeros. Se había convertido en un héroe, un hombre instruido, jovial y algo sabio. Habían cambiado muchas cosas desde el momento en el que se había enfrentado a la tentación del Ánima del Bosque, desde que había rechazado las promesas de tesoros para salvar a los niños de Santoff Claussen.

Norte se volvió y miró a la joven Katherine. Sintió el peso de todo lo que habían pasado juntos. Los dos habían cambiado. Era un cambio que no llegaba a comprender, pero sabía que le alegraba. Porque, aunque aquellos tipos élficos que tenía delante habían sido sus compañeros en el crimen, Norte sabía de corazón que había estado solo. Pero todo eso formaba parte del pasado. Ese era un día nuevo. Sabía que, gracias a la amistad, la gente mala podía volverse buena y la piedra convertirse en carne.

Norte pidió con suavidad a sus cómplices que se alzasen. Lo hicieron gustosos.

Efectivamente, la paz había llegado.

Katherine tomó a Norte de la mano, y juntos dieron la bienvenida a Santoff Claussen a aquellos perplejos hombrecitos.